

Notas de andar y ver

JESÚS SILVA-HERZOG MÁRQUEZ

La ola socialdemócrata baña Europa. Sólo España y Alemania se salvan de la marea. Primero fue Italia con la Coalición del Olivo; siguió el laborismo inglés; finalmente Francia, con Jospin. Hace unos meses se hablaba de la crisis terminal de la izquierda, ahora se habla con ligereza de su renacimiento. El éxito electoral de los partidos de la izquierda europea no equivale necesariamente al vigor ideológico de sus propuestas. A pesar de los votos –signos que se acomodan en la lógica de la competencia y en el hambre de alternancia– la izquierda sigue un poco a la deriva: acomodándose.

Como bien se sabe, el eje izquierda-derecha nace en la Revolución Francesa como resultado del imperativo de la pertenencia y la confrontación. La razón política llama a dos simplismos: nosotros y ustedes. Jacobinos y conservadores, al sostener posiciones contrarias en el debate de las ideas, tomaban sillas igualmente opuestas en la Asamblea Nacional. El acto representaba simbólicamente la necesidad teatral de afinidad y contradicción. La simetría arquitectónica de la Asamblea Nacional francesa permitió congelar el simbolismo del acto. El pasillo central de su sala dividía en dos gajos el horizonte político de occidente: izquierda y derecha. ¿Qué hubiera sucedido si el diseño arquitectónico de la Asamblea Nacional hubiera cerrado el semicírculo?

Aquellos hemisferios se han convertido en referencias insustituibles de la política. No solamente criterios de identidad colectiva sino también lentes a través de los cuales comprendemos la política. Izquierda y derecha como los filtros a través de los cuales la política se piensa o, quizá, se siente. Como los conceptos del tiempo y del espacio para el mundo físico, resulta casi imposible pensar el mundo político sin estas categorías. Izquierda y derecha se han convertido en los anteojos permanentes de nuestros prejuicios.

A fines de siglo es válido discutir si merece la pena seguir usando la palabra que, desde siempre, ha sido gelatinosa. Quien pretenda desinfectar el vocabulario político deberá eliminar esa incómoda voz del diccionario. A fin de cuentas, la izquierda no es un concepto, es un revoltijo de imágenes. Es éste, precisamente, el legado que sobrevive. Un legado que justifica insistir en la distinción, a pesar de la vaguedad de su significado. ¿Qué queda de la izquierda? preguntaba Steven Lukes en un ensayo que suena mejor en inglés: *What's left of the left?* Me atrevo a intentar el bosquejo de una respuesta. Lo que queda de la izquierda son a) nociones y actitudes que rechazan la concentración de riqueza y poder, b) la confianza en que el mundo puede cambiar, y c) el objetivo de asegurar pan y voz a todos. Una crítica, una fe, un programa.

Dentro del mosaico de las izquierdas europeas encuentro la oferta de Tony Blair como la más fresca e imaginativa; la más realista y a la vez más imaginativa. En primer lugar, se advierte un esfuerzo por plantear un nuevo encuentro entre valores y realidades. Lo que cuenta es lo que funciona, dice Blair. En su oferta hay una plomada pragmática que lo aleja del utopismo sin divorciarla de los valores. Así lo pone Blair en su libro *New Britain*: "Los

socialistas deben ser al mismo tiempo moralistas y empiristas: los valores son fundamentales. Pero si el socialismo ha de ser algo más que un moralismo abstracto, debe hacerse realidad en el mundo que existe y no en el mundo como nos gustaría que fuera." Ese pragmatismo aterriza la oferta del nuevo laborismo. Alguien señaló que, durante su campaña electoral, Tony Blair hacía gala de una "ostentosa modestia". Mejoras, nada de utopías.

Bien plantado en la tierra de las realidades, el nuevo laborismo ha aprendido del thatcherismo. Puede decirse que el partido laborista pudo vencer al conservadurismo hasta que logró apropiarse de sus aparatos. "Los objetivos sociales sin instrumentos económicos son deseos vacíos", según la expresión de Blair. Así, el nuevo laborismo ha aceptado las tesis fundamentales de la ortodoxia "neoliberal". La economía, en una palabra, no puede ser juguete de la voluntad política. Por eso la interpretación que se ha dado en México a las victorias socialistas en Europa me parece francamente ligera. Según la versión más extendida que hemos podido leer en los periódicos, Blair, Jospin, Prodi están enterrando el siniestro modelo neoliberal. Nada más alejado de la verdad. Quizá lo están moderando, pero no lo están sepultando. Se trata de reformas dentro del horizonte neoliberal. Los planteamientos de la nueva izquierda europea han incorporado a su constitución ideológica algunos principios de lo que, entre nosotros, se llama, como insulto, neoliberalismo.

Hace muy poco Felipe González en la Cátedra Julio Cortazar enfatizaba las realidades que marcan irremediamente nuestra época y que acotan los deseos de una izquierda responsable. Nadie puede desconocer la internacionalización de la economía, nadie puede ignorar las consecuencias de la irresponsabilidad macroeconómica, nadie puede controlar los flujos de capital. Sólo reconociendo estas fronteras puede actuar el hombre de gobierno.

Además de realista, la nueva izquierda es liberal. Aunque irrite a los sectores cavernarios de nuestra izquierda, liberalismo es el nombre de la nueva izquierda. Hace un par de años Massimo D'Alema dirigente del Partido Democrático de la Izquierda, el hijo del legendario Partido Comunista Italiano, definía su programa como "revolución liberal". Dice D'Alema: "La izquierda se siente ahora llamada a realizar la revolución liberal que en este país nunca tuvo lugar, conjugando las razones del mercado con las razones de la solidaridad. Para afrontar este desafío es necesario quebrarla antigua estructuración del poder que ha sofocado al capitalismo italiano. Hay que deshacer el pacto entre la renta improductiva y un Estado burocrático y centralista que ha impedido la plena expansión de las energías vivas de la empresa, de la investigación y de la innovación. Nuestro programa puede parecer paradójico, pero es un hecho que en las clases dirigentes de este país siempre prevaleció una mentalidad proteccionista y estatista. La cultura liberal ha sido minoritaria tanto en la derecha como en la izquierda. Pero hoy no queda espacio para una orientación asistencialista y proteccionista." La izquierda inteligente en Europa sabe bien que el adversario no es solamente la nueva derecha sino la vieja izquierda. Dentro del horizonte liberal, encuentro en el debate de las izquierdas una polémica alrededor de los núcleos del individuo y la comunidad. Para Blair la economía de mercado debe complementarse con un tejido social más denso. Aquí está quizá el deslinde ideológico con la derecha. Margaret Thatcher llegó a declarar en una entrevista que la sociedad no existía. La única realidad era el individuo. Hasta allá llegó su culto. Tony Blair, en cambio, reivindica el comunitarismo como el territorio de la nueva izquierda. El individuo solamente puede desarrollarse en una

comunidad fuerte y justa. Esa es, para Blair, la gran deficiencia ideológica del conservadurismo: el desprecio del ámbito social en el que habita el hombre. El darwiniano "sálvese quien pueda". El nacionalismo de un finísimo liberal como Isaiah Berlin no está lejos de ese ánimo. El ser humano necesita alimento, cobijo, seguridad y libertad. Pero necesita algo más: pertenecer a un grupo; sentirse en casa con sus semejantes.

Lo que resulta interesante de este comunitarismo Light es que permite revivir la noción de la responsabilidad. El desplazamiento de la propuesta es enorme: de una izquierda que se concentraba casi exclusivamente en los derechos a una plataforma que enfatiza la responsabilidad. Quizá esta incorporación del valor del deber es la mayor aportación de Tony Blair. Representa el combate frontal a una de las patologías tradicionales de la izquierda: el victimismo. En la izquierda ha arraigado, en efecto, el culto a la víctima. Sufro, luego existo. El recurso es atribuir todos los males a un sujeto perverso, sea el burgués, el imperialista. Este discurso purifica a la izquierda a través del sufrimiento. Le garantiza lo que Pascal Bruckner ha llamado el "conformismo de la queja" en *La tentación de la inocencia*, un libro del que ya he hablado en estas notas. Una izquierda moderna, como enseña Blair, tiene que dejar atrás ese lamento para empezar a articular el discurso de la responsabilidad.

También se puede encontrar en la izquierda europea una búsqueda en el nido opuesto: el individuo. Es el sociólogo italiano Paulo Flores D'Arcais quien ha insistido en esto. "Izquierda quiere decir, hoy como ayer, tomar partido por el más débil, por el más frágil, por el más desamparado, por el que corre más riesgos. Si esto es verdad, entonces izquierda quiere decir individuo. Aunque parezca paradójico, izquierda debe indicar el ethos que se decide por el individuo, como valor irrenunciable y por tanto supremo. La praxis que se compromete por el individuo tornado en serio y trabaja para aproximarle con cotidiana e intransigente fidelidad. Es decir, la política que trata de transformar a todos y cada uno en individuos autónomos y de entregarles en forma irrevocable y no ficticia, el control de las instituciones." (*Claves de la razón práctica*, abril de 1994).

Lejos de acercarse a un intimismo a la Constant, el individuo de Flores D'Arcais es notablemente público, intensamente ciudadano: "El hombre de la sociedad civil no es individuo mientras siga siendo un particular: sólo deviene individuo cuando puede participar libre y efectivamente en la esfera de la comunicación y de la decisión pública. Sólo en el horizonte de un poder compartido y simétrico puede nacer su irreductible diferencia.

"El valor del individuo es pervertido por el individualismo, la ideología que "anula al individuo en cuanto diferencia, ya que lo reduce a réplica de un mismo guión (*homo economicus*). " Recobrar la centralidad del individuo supone necesariamente perfilar de manera distinta la búsqueda de la igualdad. Como ha documentado *Este País* mejor que ninguna otra publicación en México, las nuevas coordenadas del debate político tienen como referentes el liberalismo y el comunitarismo. Por lo pronto la izquierda coquetea con ambas escuelas. Lo que inquieta es que, en ciertos sectores de la izquierda europea, se sugiera renunciar a uno de sus principios esenciales: el laicismo. Chapoteando en Internet me entero que Massimo D'Alema, líder del PDS italiano celebrando el 1º de mayo con el obispo de Agrigento, declaró lo siguiente: "Estoy convencido de que la refundación de la

izquierda debe alimentarse del componente religioso. De ese mundo es de donde ha entrado en la izquierda y en la sociedad la idea de comunidad y de solidaridad." Ese atajo es un camino falso. Si la izquierda da la espalda a las luces y la modernidad, dejará de ser.